

La historia del Antiguo Israel: la arqueología y el registro bíblico – la perspectiva en 2015*



Israel Finkelstein
Tel Aviv University

Resumen

En este estudio sobre la relación entre la arqueología y el texto bíblico, el autor propone una “via media” que permita la reconstrucción de la historia del Antiguo Israel sin adherir ni al maximalismo ni al minimalismo. Se combinan modernas técnicas arqueológicas con teorías provenientes de la escuela de los *Annales* para el estudio de la historia, a fines de abordar aspectos tales como la cronología de los sitios de la Edad del Hierro, la temprana actividad escritural en los reinos hebreos, la historia de la compilación de los textos históricos, la transmisión de las tradiciones orales y los textos escritos, etc. El autor aborda temas correspondientes a siete siglos, comenzando con el reino de Jeroboam en Israel, continuando con la monarquía tardía en Judá y concluyendo en los tiempos hasmoneos.

Palabras clave

*Historia de Israel
arqueología y Biblia
Ezequías
Josías
Shilo
Jeroboam II*

Abstract

In this study on the relationship between archaeology and the biblical text, the author explains a sort of “via media” which allows the reconstruction of the history of Ancient Israel without adhering to either maximalism or minimalism. He combines modern archaeological techniques with theories that come from the *Annales* school for the study of history in order to deal with issues such as chronology of Iron Age sites, early scribal activity in the Hebrew Kingdoms, history of compilation of ‘historical’ texts, transmission of oral traditions and written texts etc. The author deals with themes related to seven centuries, starting with the days of Jeroboam II in Israel, continuing in late monarchic Judah and ending in Hasmonean times.

Keywords

*History of Israel
Archaeology and Bible
Hezekiah
Josiah
Shiloh
Jeroboam II*

* Originalmente publicado como “History of Ancient Israel: Archaeology and the Biblical Record – The View from 2015”, *Rivista Biblica* LXVIII (2015), 371-392. Traducción: Emanuel Pfoh.

Introducción

Hace casi quince años, publiqué un artículo en el que exponía mi aproximación a la relación entre la arqueología y el texto bíblico al tratar de reconstruir la historia del Antiguo Israel (Finkelstein, 2002). Por varias razones –una general y dos personales– los años siguientes hicieron necesaria una actualización de mis opiniones en el asunto. La primera razón es el increíble ritmo de la arqueología en Israel. Nuevos datos han sido producidos y nuevos métodos empleados. De especial importancia es la revolución en el concepto de fechado de los hallazgos; el fechado por radiocarbono de los estratos de la Edad del Hierro, que hizo su debut a finales de los '90 y que se intensificó en la década siguiente, hace posible ahora establecer la cronología de los restos provenientes de la Edad del Hierro sobre bases sólidas y no distorsionadas, además de liberar al investigador de las profundamente conjeturales teorías tradicionales, las cuales en muchos casos se basaban en un entendimiento personal del texto bíblico. La segunda de las razones es el hecho de que mi interés en la exégesis bíblica crítica ha continuado su crecimiento, y con él, mi asociación con investigadores (mayormente europeos) que han influenciado mi obra. En tercer lugar, y naturalmente, a medida que los años han pasado, supongo que mi fervor revolucionario ha decaído de algún modo, haciendo más fácil para mí buscar la vía del centro, cuando fue necesario. En las siguientes páginas, describo por lo tanto mi perspectiva actual – aunque de ningún modo me comprometo a no hacer de nuevo esto de aquí a quince años.

Una breve historia de la investigación

El péndulo en la reconstrucción de la historia del Antiguo Israel se ha mecido de un lado a otro en los últimos dos siglos entre los dos polos de interpretaciones tradicionales y críticas. Esta tensa disputa precedió a la investigación arqueológica. Todo comenzó con la exégesis crítica de B. Spinoza hace unos tres siglos y alcanzó su pico en el siglo XIX con J. Wellhausen y otros. En lo que respecta a la arqueología, gran parte del temprano trabajo realizado en Palestina, por parte de E. Sellin y W.M.F. Petrie por ejemplo, había sido profesional, esto es, no estuvo sujeto a una lectura acrítica del texto bíblico. Todo cambió con la aparición de la arqueología bíblica tradicional conducida por W.F. Albright a inicios de la década de 1920, la cual apuntaba a confrontar teorías críticas y a probar que la historia bíblica era un relato preciso del pasado. Los arqueólogos israelíes, primero y principalmente Y. Yadin, adoptaron esta última perspectiva (por razones culturales antes que teológicas) en la década de 1950. La arqueología bíblica conservadora mantuvo su predominio durante gran parte del siglo XX. La reacción ante esta situación ha sido un enfoque ultra-crítico (“minimalista”) que apareció en los años '90, en contra del uso tradicional de la arqueología en la reconstrucción de la historia del Antiguo Israel en la Edad del Hierro y avanzando la opinión de que los textos bíblicos que refieren a la historia del Antiguo Israel fueron todos compilados durante el período persa y el período helenístico y, así, carecen de valor real para comprender períodos anteriores (por ejemplo, Davies, 1992; Thompson, 1999). Y puesto que el Minimalismo se trata de la aproximación personal a los textos bíblicos, “acusar” a arqueólogos de ser minimalistas (Garfinkel, 2011) demuestra

una mala comprensión de la disciplina. En paralelo a la obra de los minimalistas, se ha desarrollado una escuela que puede ser descrita como promoviendo una “visión desde el centro”. Esta escuela, a la cual pertenezco, mantiene una actitud crítica tanto hacia el texto como hacia la arqueología, pero difiere de los minimalistas al sostener que un número significativo de registros bíblicos provienen de tiempos monárquicos tardíos y que otros relatos, que fueron puestos por escrito más tarde, incluyen tradiciones que reflejan realidades de la Edad del Hierro (para esta aproximación, que recientemente ha sido ingeniosamente descrita por Jean-Marie Durand como *déconstruction positive*, véase, por ejemplo, Liverani (2005), Miller y Hayes (2006), Na‘aman (1994), Knauf (2013), Finkelstein y Silberman (2001). El grupo que favorece esta “visión desde el centro” está lejos de ser homogéneo; claramente, estoy describiendo aquí mi comprensión del mismo.

Como podría haberse esperado, la expansión de las perspectivas críticas, especialmente la “del centro” –la cual ha sido percibida, en cierto modo, como de mayor amenaza– trajo consigo una serie de intentos de refutarlas y de restablecer una reconstrucción conservadora de la historia del Antiguo Israel. Irónicamente, aunque los neotradicionalistas son todos arqueólogos, su interpretación se centra en los textos. Estas aproximaciones pueden ser vistas como una resucitación del asalto de la escuela de Albright a los avances de fines del siglo XIX y comienzos del XX en la investigación bíblica crítica en Europa (aunque provengan de contextos culturales diferentes). La actual postura conservadora se demuestra de mejor manera por sus recientes afirmaciones:

- » El palacio del rey David ha sido hallado en la Ciudad de David en Jerusalén (Mazar, 2007; 2009; pero véase la respuesta en Finkelstein *et al.*, 2007);
- » Hallazgos en Khirbet Qeiyafa en la Shefelá proporcionan evidencia de un reino desarrollado en Judá en el siglo X a.n.e. y pueden interpretarse a la luz de los textos bíblicos que ostensiblemente describen eventos que han tenido lugar en ese tiempo (por ejemplo, Garfinkel *et al.*, 2010; respuestas en Na‘aman, 2012; Finkelstein y Fantalkin, 2012); el ostracón recuperado allí demuestra la posibilidad de composición de los textos bíblicos tempranamente, en el siglo X a.n.e. (Galil, 2009; Puech, 2010; respuestas en Rollston, 2011; Millard, 2011).
- » La producción de cobre en Khirbet en-Nahas y en Timnah, en la región de Arabah, se relaciona con las actividades económicas del rey Salomón (por ejemplo, Levy *et al.*, 2008, retornando a las ideas de N. Glueck sobre Salomón, el rey del cobre, sin una sola pizca de evidencia sobre la presencia de Judá allí).

Más sutiles, aunque no menos equivocadas, son las interpretaciones de conjuntos de información de viejas excavaciones, por ejemplo relacionadas con las “fortalezas israelitas” en las tierras altas del Néguev (Faust, 2006; algo refutado por recientes fechados por radiocarbono que ubican a estos sitios en el siglo IX a.n.e. – Boaretto *et al.*, 2010), y en lo que hace a un cambio ostensible en los patrones de asentamiento del siglo X a.n.e., lo cual fue interpretado como indicación de una organización desarrollada de un reino en el Antiguo Israel (Faust, 2003). Ambos ejemplos demuestran una metodología incorrecta puesto que seleccionan y acomodan la información de un modo que conduce a los resultados esperados (cfr. Finkelstein, 2005).

Aparte de las aproximaciones acríticas al texto bíblico, en todos estos casos el lector debería notar otro problema metodológico: dónde y cómo trazar la línea entre hechos arqueológicos en (o mejor, bajo) el suelo y la interpretación del texto.

¿Cómo “ver desde el centro”?

Permítanme comenzar diciendo que el investigador debe apartarse de los “conceptos históricos” de los autores bíblicos. La arqueología bíblica y la reconstrucción tradicional de la historia del Antiguo Israel están basadas en una aceptación de la percepción más básica del autor del texto: que la historia del Antiguo Israel desde los patriarcas en Génesis hasta el retorno a la tierra prometida en Esdras y Nehemías es una descripción genuina de una historia *secuencial* de la nación. Pero, este no es el caso (Romer, 2014). Concibo la historia bíblica desde el punto de vista alguna vez descrito por el historiador francés de los *Annales*, Marc Bloch, como *histoire regressive*. La idea es que en una situación de incertidumbre (y los relatos de los patriarcas, el éxodo, la conquista y los jueces claramente pertenecen a esta situación), el investigador debe atender a un período en el que el testimonio –histórico, económico, social y de la cultura material– está bien definido, y luego comenzar la reconstrucción hacia atrás, paso a paso. En el caso del Antiguo Israel, el período más seguro como punto de partida es el tiempo de los primeros autores, esto es, los días de la monarquía tardía (véase más abajo). Siguiendo las “reglas” que describiré, esta reconstrucción debe hacerse con un estricto criterio sobre la cuestión de la transmisión de las tradiciones –orales y/o escritas– y los objetivos ideológicos/teológicos de los autores.

En algunos casos, los arqueólogos e historiadores bíblicos tradicionales adoptaron intuitivamente otro concepto de los autores: que los episodios de la historia del Antiguo Israel eran únicos en las crónicas del Levante. El mejor ejemplo es el colapso hacia fines de la Edad del Bronce Tardío, lo cual fue visto como un evento singular. Creo que la arqueología –especialmente en lo que respecta a la historia de los asentamientos– conduce al investigador a percibir la historia de Canaán/Israel a partir de otro concepto de la escuela francesa de los *Annales*, el de la *longue durée* (larga duración). De acuerdo con esta noción, muchos de los procesos que caracterizan a la región durante las Edades del Bronce y del Hierro –al menos, hasta la ocupación asiria– tuvieron una naturaleza cíclica, influenciada por las condiciones geográficas. Esto se confirma en lo que respecta a las oleadas de asentamientos y los períodos de declive demográfico en las tierras altas y en las zonas áridas, así como en los ciclos de crecimiento urbano y colapso en las tierras bajas. Más aún, la historia de Canaán/Israel no puede separarse de los eventos y procesos de los territorios circundantes en el Cercano Oriente antiguo y el Mediterráneo oriental. El ejemplo más obvio es la necesidad de abordar las destrucciones hacia fines de la Edad del Bronce Tardío como parte de un fenómeno más amplio, parte de los “años de crisis” en el Mediterráneo oriental (Ward y Joukowski, 1992).

La cuestión crucial, por supuesto, es qué hacer cuando la arqueología y el texto bíblico proporcionan historias confrontadas. En tal caso, ¿cuál de los

dos tiene prioridad?¹ En el caso de la arqueología, dos factores son de importancia: (1) la intensidad de la evidencia, incluyendo el tamaño del área expuesta y la buena representación de las diferentes partes del asentamiento, en el caso de un sitio grande; (2) buen control sobre los datos; solamente en el caso de una estratigrafía segura, conjuntos cerámicos claros y buenos fechados de radiocarbono puede la arqueología proveer de evidencia confiable y no distorsionada. No obstante, no hay dudas de que aun en condiciones casi perfectas la evidencia arqueológica puede estar abierta a diferentes interpretaciones culturales e históricas. Con respecto al texto, la cuestión más importante es la distancia temporal entre los eventos descritos y el tiempo de composición. En el caso de la proximidad cronológica y de textos de naturaleza cronística (esto es, libres de posturas teológicas expresadas en, por ejemplo, discursos y profecías), el texto puede considerarse como contenedor de evidencia confiable. Cuando los ostensibles eventos proceden de siglos anteriores al tiempo de composición, y el relato no es cronístico en su naturaleza, el texto tiene menos chances de ofrecer un testimonio confiable del pasado. Todo esto significa que, en el caso del Antiguo Israel, no trabajamos en una situación de blanco y negro, y tampoco existe una sola actitud de corroboración frente al tema de la historicidad; cada caso debe ser tratado de acuerdo con sus circunstancias específicas (ejemplos más adelante).

1. Véase la discusión en Na'aman (2011a); Finkelstein (2011).

Habiendo preparado el escenario, deseo ahora atender a lo que considero son las reglas básicas que deben tenerse en cuenta al tratar la historia bíblica.

Todo se trata del fechado

Para usar apropiadamente la arqueología en la reconstrucción histórica uno necesita estar en control pleno de la cronología absoluta. Por “control pleno” quiero decir que los hallazgos deben provenir de un contexto estratigráfico seguro, con un buen manejo de la cronología relativa, es decir, de los conjuntos cerámicos originados en este contexto. Puesto que la asociación de un evento histórico con hallazgos arqueológicos, tales como horizontes de destrucción, es una tarea complicada, y puesto que algunos textos bíblicos sobre los cuales los investigadores construyen sus teorías no pueden ser tratados como relatos históricos directos, una cronología absoluta confiable e independiente es obligatoria. Se la puede garantizar esencialmente al emplear un programa de fechado por radiocarbono.

El problema es que el fechado por radiocarbono produce típicamente resultados inciertos de varias décadas, lo cual –en el caso de la historia bíblica– puede conducir a reconstrucciones históricas muy diferentes. Un ejemplo obvio de esto es el fechado de los palacios del Hierro IIA en Meguido: una diferencia de 70-80 años (digamos, entre ca. 940 y 860 a.n.e.) los emplaza en contextos muy diferentes, ya sea en el tiempo de la supuesta Monarquía Unida o en los días de la dinastía de Omri del reino del norte. Una situación aún más complicada es el fechado de hallazgos en el norte hacia la primera o la segunda mitad del siglo IX a.n.e. (por ejemplo, entre ca. 850 y 830 a.n.e.): la primera en los días de los ómridas y la segunda en el período de

la hegemonía damascena en la región. Un tercer ejemplo es el fechado de la actividad en los sitios de las tierras altas del Néguev. Ubicando su principal período de ocupación hacia mediados del siglo X o hacia la primera mitad o mediados del siglo IX resulta en una situación geopolítica diferente, frente a la campaña de Sheshonq I, la producción de cobre en la Arabah y el período de la hegemonía damascena en el Levante meridional (Boaretto, Finkelstein y Shahack-Gross, 2010). Aquí, entonces, lo que necesita hacerse para emplear el fechado por radiocarbono de manera exitosa es lo siguiente:

- » Solamente muestras de corta duración (semillas de granos, huesos de aceituna, etc.) deberían fecharse. El carbón vegetal es riesgoso porque puede conducir a un “efecto de madera vieja”, o sea, la muestra puede provenir de una pieza de madera vieja, reusada muchas décadas luego de que el árbol haya caído.
- » Fechar de acuerdo a una sola determinación de radiocarbono no es confiable porque un solo resultado siempre puede ser la excepción.
- » El fechado de un sitio debería ser hecho preferiblemente en una secuencia de fases de cerámica o estratos, ya que emplazar los resultados en un modelo bayesiano e imponer la estratigrafía sobre la información puede disminuir significativamente las incertidumbres. Esto puede lograrse al emplazar los fechados de diferentes sitios (preferiblemente vecinos) cuya secuencia relativa puede ser correlacionada de acuerdo con los conjuntos cerámicos (Finkelstein y Piasezky, 2009), o al emplearse información para una secuencia densa en estratos bien separados en un solo sitio.²
- » En el caso de un sitio con un solo horizonte, los resultados deberían ser ubicados en un contexto regional, con horizontes representando una secuencia de fases cerámicas. Nótese, por ejemplo, Khirbet Qeiyafa en la Shefelá: si se fechan aislados, los resultados pertenecen a la segunda mitad del siglo XI a.n.e. (cfr. Garfinkel *et al.*, 2012); si en cambio los resultados son puestos en contexto (especialmente versus los sitios del Hierro I en su vecindad), el sitio es fechado hacia la primera mitad del siglo X a.n.e. (cfr. Finkelstein y Piasezky, 2015).
- » El promedio de resultados puede realizarse solamente cuando no hay razón para creer que las muestras originales representan un período corto de no más de algunos años en la historia de un asentamiento. Si esto no ocurriera, los resultados deben ser parcelados antes que promediados.³

2. Para Meguido, véase Toffolo, Arie, Martín, Boaretto y Finkelstein (2014).

3. Vistas opuestas en Garfinkel, Streit, Ganor y Hasel (2012); y Finkelstein y Piasezky (2015).

Apartarse de estas normas puede conducir a fechados equivocados, o sea, a contextos históricos erróneos.

La dicotomía Israel-Judá

Cuando se desea reconstruir la historia del Antiguo Israel, las diferencias entre las tradiciones del sur y del norte integradas en la Biblia deben ser tenidas en cuenta (cfr. Fleming, 2012). Por supuesto, el texto bíblico refleja una perspectiva meridional. Esto es discernible, por ejemplo, en el montaje del libro de Génesis: la narrativa patriarcal abre con el sureño Abraham, quien se transformará en el abuelo del norteño Jacob. En la así llamada Historia Deuteronomística, todos

los reyes del norte son evaluados de modo negativo; y en el libro de Crónicas, el reino del norte ignorado casi por completo. Esta reelaboración meridional de las principales partes de la Biblia Hebrea ha influenciado a los investigadores, quienes en muchas ocasiones han “heredado” la perspectiva meridional.

Sin embargo, los textos extrabíblicos y la arqueología demuestran que históricamente Israel había sido el principal poder de los reinos hebreos. Israel se había desarrollado demográficamente y económicamente mucho antes que Judá. Los territorios del norte a ambos lados del río Jordán ya habían estado densamente poblados en el Hierro I, cuando las marginales tierras altas de Judá estaban todavía demográficamente empobrecidas. En ese período, la razón demográfica entre las partes de las tierras altas de Israel (incluyendo a Guilead) y Judá puede estimarse en 25:1. Incluso a mediados del siglo VIII (esto es, antes de la ocupación de Guilead por parte de Damasco), la razón demográfica entre Israel y Judá puede estimarse en ca. 4:1 (cfr. Broshi y Finkelstein, 1992). Judá comenzó a desarrollarse de manera significativa en la fase final del Hierro IIA (tardío siglo IX) (cfr. Fantalkin y Finkelstein, 2006; Sergi, 2013), y alcanzó un pico real de prosperidad solamente en el Hierro IIB-C, esto es, hacia el final del siglo VIII a.n.e. (cfr. Jamieson-Drake, 1991). Por supuesto, la población puede ser equiparada a fuerza militar o económica; en efecto, el poder de Israel en los días de los ómridas se encuentra claramente representado en la lista de participantes de la batalla de Qarqar en 853 a.n.e. de Shalmaneser III y aludida en las inscripciones de Tel Dan y Mesha; también está representada en las referencias bíblicas tanto del reino de los ómridas como de los algo más tardíos días de Joash y Jeroboam II. Además, Israel controlaba regiones más fértiles, como el valle de Jezreel, y las rutas comerciales, como la ruta internacional a lo largo de la costa y los valles del norte y el Camino del Rey en Transjordania. Estaba también mejor conectado a la costa y otras regiones vecinas. Todo ello promovió la producción agrícola del norte y las ganancias del comercio. En breve, pues, demográfica, económica, militar y geopolíticamente, Israel fue el poder dominante durante la mayor parte del tiempo cuando los dos reinos hebreos existieron lado a lado. Estos factores deben ser tomados en cuenta al analizar las narrativas bíblicas.

No existe evidencia de una compilación de textos complejos antes de comienzos del siglo VIII

En un reciente artículo, junto con Benjamin Sass reevaluamos las inscripciones alfabéticas semítico-occidentales del Levante que datan desde el Bronce Tardío a la temprana fase del Hierro IIB, esto es, hasta los inicios del siglo VIII a.n.e. (Finkelstein y Sass, 2013). Allí concluimos que las inscripciones hebreas aparecen por primera vez a fines del Hierro IIA en Gat en el sur y en Rehob en el norte. No obstante, por ese entonces (el siglo IX a.n.e.), exceptuando una sola inscripción proto-cananea de Jerusalén, no se encuentran inscripciones en los territorios de Israel y Judá. Es significativo que ni una sola inscripción hebrea provenga de los principales sitios del período omrita: Meguido, Samaria, Jezreel, Yokneam y Hazor. Y las inscripciones que sí aparecen en el siglo IX (y antes) no testimonian la habilidad de componer textos elaborados. Inscripciones monumentales de piedra aparecen a fines del siglo IX a.n.e. Pero, aquí nuevamente, la habilidad de

4. Véase un resumen en Ahituv (2008: 433-465), y la bibliografía en p. 465.

los escribas de componer inscripciones reales (o, teóricamente hablando, de los administradores de conformar listas de bienes) no puede compararse con una habilidad para componer los textos bíblicos. Las primeras inscripciones elaboradas y significativamente largas, en un género que recuerda las composiciones bíblicas, aparece en la primera mitad del siglo VIII sobre un revoque de yeso en el reino del norte: el texto de Balaam de Tell Deir Alla⁴ y un texto de Kuntillet Ajrud recientemente interpretado por Na'aman como posiblemente conectado a la historia del Éxodo (Na'aman, 2011b).

Las observaciones anteriores parecieran excluir la posibilidad de una composición de los textos bíblicos antes de la primera mitad del siglo VIII a.n.e. Esta afirmación incluye a aquellas teorías que consideran a los tempranos materiales del Pentateuco y pre-deuteronomísticos en los libros de Samuel, tales como el Ascenso de David al poder y la Historia de Sucesión (cfr. Halpern, 2001; Dietrich, 2007). Y esto tiene perfecto sentido históricamente: la repentina aparición de textos desarrollados en la primera mitad del siglo VIII, probablemente en los días de Jeroboam II, está relacionada con la prosperidad durante este período, la temprana influencia asiria sobre el norte y probablemente con la reorganización del reino por ese entonces.

Tradiciones tempranas en la Biblia: ¿qué tan atrás pueden llegar?

Lo que acabamos de sostener con respecto a la difusión de la escritura puede conducir a concluir que los materiales que describen eventos que ostensiblemente tuvieron lugar en las tempranas fases de la historia del Antiguo Israel, siglos antes de la compilación de los textos bíblicos o aun de la habilidad de poner composiciones por escrito, deberían considerarse ficticios: una invención de autores posteriores, destinada a la concreción de ciertos objetivos. Otra manera de formular esto sería sostener que la temprana "historia" del Antiguo Israel es ahistórica. Esta afirmación no es precisa.

La arqueología, los textos extrabíblicos y la exégesis bíblica demuestran que la Biblia Hebrea contiene lo que describiría como tempranas "memorias" –históricas o, preferiblemente, cuasi-históricas– que se originaron siglos antes de la más temprana fecha posible para la composición de los textos bíblicos. Ellas tendrían que haber sido transmitidas oralmente hasta que fueron puestas por escrito, y pueden tomarse como referencias que preservan situaciones históricas tempranas, aunque por cierto no descripciones precisas del pasado. Leídas en la actualidad, ellas a veces se ocultan en capas textuales posteriores, envueltas en la ideología del/de los autor/es del/de los período/s. Ofrezco ahora un par de ejemplos.

El primero de ellos proviene de mis excavaciones en Shiloh durante tres décadas. La arqueología ha demostrado que Shiloh prosperó desde principios hasta mediados del Hierro I y que fue eventualmente destruido antes del fin de dicho período. Los resultados de radiocarbono ubicaron a esta destrucción en la segunda mitad del siglo XI a.n.e. (Finkelstein y Piasefsky, 2009) No hubo un asentamiento significativo en Shiloh en el Hierro II y el período persa. Los restos provenientes de estos períodos son magros y sin especial importancia;

no revelan indicios de la existencia de un lugar de culto o de una destrucción debida al fuego. Es imposible, por lo tanto, leer la tradición del santuario de Shiloh en un contexto propio del Hierro II o más tardío y por ello es poco probable que se pueda asociar la tradición de la devastación de este lugar de culto, como se narra en el libro de Jeremías, con la conquista del reino del norte por parte de los asirios a fines del siglo VIII (*contra*, p. ej., Pearce, 1973).

Así pues, uno no puede sino concluir que existió una potente memoria en Judá en tiempos monárquicos tardíos sobre un temprano lugar de culto en Shiloh. Esta memoria podría haber sido una tradición del reino del norte oralmente transmitida que llegó a Judá luego de 720 a.n.e. El reconocimiento judaíta de la importancia de este lugar de culto podría haber satisfecho a los ex-israelitas, quienes parecen haber sido un elemento de importancia en la configuración de la población de Judá en tiempos monárquicos tardíos (véase más adelante). Al mismo tiempo, la tradición bíblica en Jeremías adopta un punto de vista estrictamente judaíta al subordinar Shiloh a Jerusalén. Las historias que tratan de la conducta pecaminosa de los sacerdotes en Shiloh, la derrota de Israel y la transferencia del arca de la alianza desde Shiloh a Jerusalén, podrían haber estado guiadas por la ideología de la Historia Deuteronomista como un paralelo cultural al rechazo de Saúl (y del norte) y la elección de David (véase también el Salmo 78:60-71) (Miller y Hayes, 2006: 133). En el caso de Shiloh, tenemos evidencia, entonces, de la preservación en la Biblia de memorias –si bien vagas– de eventos que probablemente tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo XI a.n.e.

Otras tradiciones del norte mejor conocidas que remiten a una fecha temprana se encuentran incorporadas en el Pentateuco. La primera de ellas corresponde a una capa temprana en el Ciclo de Jacob, la cual parece haberse originado en el área del río Jabbok en Guilead. Ella trata de la frontera entre los israelitas y los arameos en esta región y posiblemente también sobre la fundación del templo en Penuel. Basados en evidencia tanto exegética como arqueológica (esta última, mayormente patrones de asentamiento), Thomas Römer y yo hemos propuesto fechar el origen (oral) de estas historias antes de mediados del siglo IX a.n.e. (Finkelstein y Römer, 2014) La narrativa del Éxodo podría haberse originado en una tradición inclusive más antigua, que algunos investigadores proponen asociar con la situación geopolítica en el Levante a fines de la Edad del Bronce Medio (cf. Redford, 1987) o en la Edad del Bronce Tardío (Bietak, 1987; Hendel, 2001; Naʿaman, 2011c). Evidentemente, ambas tradiciones poseen capas posteriores, que incluyen la incorporación de partes provenientes de la monarquía tardía en Judá y luego el período post-exílico. Un buen ejemplo de tempranas memorias que se transmitieron hasta compilaciones relativamente tardías en la narrativa sobre Moab en Números 21-22. Estos versículos preservan tradiciones relacionadas a la conquista israelita del *mishor* de Moab en los días de la dinastía omrita, tradiciones que están corroboradas tanto por hallazgos arqueológicos (cfr. Finkelstein y Lipschits, 2011) como por la inscripción de Meshah (cfr. Lemaire, 2007).

Los libros de Samuel incluyen tradiciones pre-deuteronomísticas que provienen tanto del norte como del sur (Halpern, 2001; Dietrich, 2007). Al respecto de la primera situación, refiero a lo que llamaría la narrativa “positiva” de Saúl. Los relatos se enfocan en las tierras altas de Benjamín y en el área del Jabbok,

demostrando una similitud cercana a los lugares listados por Sheshonq I luego de su campaña en Canaán en la segunda mitad del siglo X. Las tierras altas de Benjamín contienen un sistema de sitios fortificados que pertenecen a dicho siglo, posiblemente atestiguando la existencia de un ámbito propio de una temprana organización territorial.

La temprana tradición meridional en Samuel trata de la Shefelá y el sector meridional (límitrofe) de las tierras altas de Judá. La narrativa del Ascenso de David al poder ubica a Gat como la más importante de las ciudades filisteas. Gat es descrita como gobernando sobre toda la parte meridional de la Shefelá, desde Ziklag en el sudoeste y el valle de Beersheba en el sur hasta el valle de Soreq en el norte. Excavaciones en Tell es-Safi –la locación de la bíblica Gat– demuestran que en la primera mitad del siglo IX a.n.e. la ciudad era la más grande y probablemente próspera de las tierras bajas meridionales. Fue destruida violentamente a fines del siglo IX, probablemente por Hazael rey de Damasco, y nunca volvió a recuperarse de este evento (Maier, 2004, 2012). De acuerdo con la Gran Inscripción de Sargón II, a fines del siglo VIII Gat estaba subordinada a Ashdod, y no aparece entre las ciudades filisteas de las fuentes asirias de principios del siglo VII y las obras proféticas de la monarquía tardía. El rol dominante que tiene Gat en el material textual temprano sobre David debe por lo tanto representar una realidad anterior a 840/830 a.n.e. (Maier, 2004). La preservación de lo que puede ser definido como un “ambiente Apiru” en la narrativa sobre el Ascenso de David al poder (Naʿaman, 2010) debe también anteceder a fines del siglo IX, cuando un sistema de asentamientos judaítas tuvo una expansión hacia el área al sur de Hebrón. En otras palabras, es razonable asumir que para mediados del siglo IX no había más lugar para la actividad de las bandas de Apirus en esta región.

No todas las narrativas que describen los tempranos días del Antiguo Israel poseen un germen histórico en ellas. Ni una sola tradición en los relatos de la conquista en el libro de Josué puede estar asociada con seguridad con eventos que hayan tenido lugar hacia finales de la Edad del Bronce Tardío, sin mencionar que muchos de los sitios referidos no estaban habitados durante ese período. Pero, aun en este caso, algunas historias pueden preservar viejas raíces. No me refiero aquí al ejemplo frecuentemente citado –la referencia a Hazor como “el principal de todos aquellos reinos” (Josué 11:10); esta es probablemente una historia etiológica– un relato que “explica” la ruina masiva de la antigua Hazor tal como era percibida por los habitantes locales en las fases tardías de la Edad del Hierro. Sin embargo, referencias a tumultos en el valle de Jezreel pueden ser una reminiscencia de levantamientos hacia fines de la Edad del Bronce Tardío (fines del siglo XII a.n.e.) y más todavía al final del Hierro I (el siglo X a.n.e.), cuando muchos de los centros en la región fueron atacados e incendiados.

Deseo resumir esta breve discusión de los materiales textuales de la Biblia que representan tempranas fases en la historia del Antiguo Israel con dos comentarios. En primer lugar, muchos de estos viejos materiales provienen del norte, que tenía una población de mayor importancia, cuyo poder surgió antes que Judá y que fue probablemente capaz de componer textos con anterioridad que en el reino del sur. En segundo lugar, es la arqueología la que juega un rol importante –por no decir crucial– en identificar tales tradiciones tempranas.

Memorias acumuladas

No hace falta decirlo: las viejas memorias o tradiciones, habiendo sido transmitidas durante siglos, primero oralmente y luego por escrito, deben haber absorbido elaboraciones y adiciones posteriores, las cuales pueden expresar realidades del tiempo transcurrido. Los resultados están en los textos, algunos extensos y otros de breves referencias, que pueden describirse como representando tradiciones acumuladas o, para usar un término de la arqueología, tradiciones estratificadas.

Uno de los mejores ejemplos de tradición estratificada es la narrativa de David en Samuel 1. Esta tradición presenta realidades que provienen de varios contextos históricos diferentes. Los tres contextos que creo son los más obvios son los siguientes. Como se indicó más arriba, el núcleo del relato describe a David y su banda como mercenarios activos en los bordes áridos de Judá, al sur de Hebrón, y en la frontera de Gat de los filisteos. Este material textual representa una fase en la historia de la región anterior a la expansión demográfica (y por ende también administrativa) de Judá en estas áreas, o sea, antes del Hierro IIA (en este caso, probablemente antes de la fase posterior del período en la segunda mitad del siglo IX a.n.e.). Las descripciones de guerras realizadas por el rey David parecen representar realidades de tiempos posteriores cuando los reinos territoriales del Levante –incluyendo sus ejércitos– se habían consolidado (cfr. Na'aman, 2002a). Una capa literaria aún más tardía se encuentra incorporada con referencias a los filisteos como mercenarios griegos y se caracteriza por una terminología deuteronomística; por lo tanto, encaja en una situación no anterior a fines del siglo VII a.n.e.⁵

5. Sobre todo esto, cf. Finkelstein y Silberman (2006a).

Considero lo mismo en lo referente a los capítulos sobre Salomón. La sección inicial (1 Reyes 1-2) pertenece a la Historia de Sucesión, la cual podría expresar necesidades propias de fines del siglo VIII. Las tradiciones que representan a Salomón como un gran monarca –constructor y mercader– reflejan realidades tanto del siglo VIII, antes de la caída del reino del norte, como del siguiente “siglo asirio” en la historia de Judá. La referencia a Hazor, Meguido y Guézer como centros importantes del reino de Salomón (1 Reyes 9:15), la descripción de los caballos y los establos de Salomón, así como la realidad detrás del relato de las ciudades otorgadas a Hiram rey de Tiro, deben provenir del reino del norte. Pero, historias como la visita de la reina de Saba y las expediciones comerciales zarpano desde Ezion-geber reflejan la participación de Judá en el comercio árabe dirigido por los asirios, probablemente en los días de Manasés, un período de gran prosperidad en el sur. Finalmente, la condena de Salomón en 1 Reyes 11 representa un inequívoco tono deuteronomístico de fines del siglo VII, o sea, luego del repliegue asirio. Estas capas literarias representan no sólo diferentes locaciones históricas sino también diferentes ideologías.

Un buen ejemplo de una breve tradición acumulada es la referencia a Aram Beth-Rehob y a [Aram] Zobah en 2 Samuel 10:6-8 y 2 Samuel 8:3, 5, 12. El autor creó aquí una historia de memorias diferentes que provienen de diferentes siglos. El nombre Hadadezer probablemente refiera a Hadadidri, rey de Damasco, el aliado de Ahab en la batalla de Qarqar. La idea de un poderoso rey arameo hostil a Israel se refiere al parecer a la figura de Hazael (cfr. Na'aman,

2002a). Rehob en el valle de Beth-shean –probablemente una tardía ciudad-estado cananea (con influencias arameas desde el punto de vista de la cultura material)– se confunde con Beth-rehob en el valle de Beqa en el Líbano, la cual no podría haber sobrevivido como un principado independiente luego de la expansión damascena hacia el oeste durante la segunda mitad del siglo IX a.n.e. Esta confusión probablemente provenga de la importancia que tenía Zobah = Subat como centro administrativo asirio en los días de Tiglath-pileser III y de Sargón II. Y todo esto es proyectado hacia atrás en el siglo X por un autor del siglo VII a.n.e.

¿Cómo se preservaron y se transmitieron las viejas tradiciones del norte a Judá?

Un interrogante importante es saber cómo se transmitieron viejas historias, especialmente durante el tiempo anterior a cuando fueron puestas por escrito. Una posibilidad reside en su preservación (primero oralmente y luego en forma escrita) en santuarios regionales, promoviendo estas tradiciones locales. Por ejemplo, el ciclo de Jacob y Guilead podría haberse preservado en el templo de Penuel; la narrativa del éxodo podría haberse venerado en Samaria; y las tempranas tradiciones sobre la presencia de Israel en el *mishor* de Moab podrían haberse memorizado en Nebo, referido como la locación de un santuario israelita en la inscripción de Mesha. Desde esta perspectiva de la historia de la actividad escritural, podría indicarse que la transmisión de una tradición de la oralidad a la escritura debería haber tenido lugar en torno a 800 a.n.e. o poco después en Israel y tal vez a fines del siglo VIII en Judá. En el norte, consideraciones históricas parecen apuntar a los días de Jeroboam II, cuando Israel alcanzó su pico de prosperidad y cuando el reino fue aparentemente reorganizado, incluyendo la “centralización” del culto en diversos santuarios regionales (Na’aman, 2002b). En el sur, la transición a las tradiciones escritas puede haber tenido lugar poco tiempo después, bajo la dominación asiria.

La segunda cuestión –cuándo y cómo tradiciones israelitas “migraron” a Judá– es esencial para reconstruir la historia del Antiguo Israel y, en efecto, también para establecer una base para comprender la composición de la Biblia Hebrea, debido al gran número de dichas tradiciones y su relativamente temprana proveniencia (véase más arriba). Esto se conecta con otra cuestión: por qué estas tradiciones, algunas de ellas hostiles hacia Judá, fueron incorporadas en el canon del sur. Después de todo, los autores judaítas podrían simplemente haber ignorado al norte, como lo hicieron el/los autor/es del libro de Crónicas siglos más tarde. Muchos investigadores han indicado la posibilidad de que las tradiciones del norte llegaron al sur junto con los israelitas que se asentaron allí en las décadas posteriores a 720 a.n.e. (Broshi, 1974; van der Toorn, 1996: 339-372; Schneidewind, 2004). La arqueología parece confirmar esta teoría, mayormente en el ámbito de los patrones de asentamiento. Me refiero al gran crecimiento demográfico en Jerusalén en particular y en Judá en general a fines del siglo VIII/principios del siglo VII a.n.e. A mi parecer, la transformación demográfica de Judá no puede ser explicada de otra manera.⁶ Y este aumento de población podría haber sido el disparador de la aparición de la ideología

6. Para un debate sobre esta cuestión, véase Finkelstein y Silberman (2006b); Na’aman (2007).

pan-israelita en Judá. En un principio, bajo la dominación asiria, la ideología fue pan-israelita hacia adentro, dirigida a la nueva integración de judaítas e israelitas en el reino del sur, en un intento por crear una identidad compartida. Sólo posteriormente, luego del repliegue asirio de la región, la ideología pan-israelita fue “exportada” para remitir a los israelitas que vivían en los territorios del antiguo reino del norte. Este fue el momento de la aparición de la ideología territorial davídica que encuentra expresión en la descripción de la época dorada de David y Salomón, la gran monarquía unida.

Teología versus historia

Evidentemente, la descripción de la historia del Antiguo Israel se encuentra inmersa en la ideología y teología políticas de los autores de la monarquía tardía y post-exílicos. La cuestión es, entonces, cómo leer esta historia sin sucumbir al programa ideológico de estos autores. Por supuesto, la primera distinción que debe ser hecha es entre los reportes cronísticos y las afirmaciones, los discursos y las profecías teológicos. Si se toma la historia de Jeroboam I en 1 Reyes 12:25-29 como ejemplo, está bastante claro que el reporte sobre Siquém y Penuel en el versículo 25 es de naturaleza cronística, mientras que los versículos 26-29 son de un carácter propio de una evaluación cultural. En efecto, la arqueología indica que Dan probablemente no estaba habitado en los días de Jeroboam I (Arie, 2008).⁷

7. Para el texto bíblico, véase Berlejung (2009).

En este sentido, deseo ahora retornar a la cuestión de si los relatos bíblicos son más históricos cuando describen tiempos más cercanos a los días de los autores. Aquí la respuesta es tanto positiva como negativa. Tomo como ejemplo el “siglo asirio” en la historia de Judá, entre ca. 730 y ca. 630 a.n.e. Tres reyes gobernaron en Jerusalén en ese tiempo: Ahaz, Ezequías y Manasés. El contexto de sus reinados –sus fechas, años en el trono y la conexión con los monarcas asirios– es completamente histórico, pero la teología está obviamente vinculada al modo en que estas historias están contadas (cfr. Na’aman, 1994). Ahaz es evaluado negativamente, mientras que la arqueología demuestra que este rey gobernó cuando Judá hizo un enorme progreso como un reino densamente poblado y económicamente próspero. Ezequías es evaluado favorablemente, mientras que la arqueología demuestra que en ese período, y como resultado de su decisión errónea de participar en un levantamiento contra Asiria, la Shefelá y el valle de Beersheba fueron devastados por Sennaquerib; cada centro judaíta excavado en estas áreas revela signos de una severa destrucción. Manasés es evaluado como el peor y más malvado pecador de todos los reyes judaítas, cuya conducta cultural eventualmente trajo la caída de Judá, pero la arqueología indica que en este período Judá estaba revitalizado, participó como obediente vasallo en la economía global asiria, y como resultado prosperó como nunca. En ese momento, la actividad escritural se expandió y ello contribuyó a la posibilidad, un par de décadas más tarde, de componer la primera “edición” de la Historia Deuteronomística.

Un gran obstáculo es la falta de consenso en la investigación exegética con respecto a la fecha de compilación de muchos de (si no todos) los textos que refieren a la historia del Antiguo Israel. Esto dificulta la evaluación de la brecha

entre los supuestos eventos y la fecha de compilación. Buenos ejemplos de esto son las partes de Crónicas (mayormente 2 Crónicas) que no se mencionan en Reyes, las cuales describen eventos históricos ostensibles, como la guerra entre Abías y Jeroboam I, o la invasión de Judá por Zerah el cusita. La fecha de Crónicas ha sido debatida por mucho tiempo, entre el siglo VI y el II a.n.e. – un lapso de cuatro siglos. Evidentemente, el autor podría haber tenido acceso a materiales genuinos provenientes de la Edad del Hierro si hubiera estado activo en el siglo VI o V (Cross, 1998); mucho menos en el II siglo, bajo circunstancias históricas completamente diferentes (Finkelstein, 2015).

Resumen: Puntos de referencia en el desarrollo de la temprana historia bíblica

Escribir este artículo ha sido suficientemente desafiante; resumirlo, lo es mucho más. Sin embargo, es necesario enfatizar los factores más importantes en el proceso de compilación de la historia del Antiguo Israel en la Biblia. Aunque los siguientes párrafos puedan percibirse como carentes de perspectivas arqueológicas, el lector debería tener en mente que la investigación arqueológica moderna se encuentra detrás de casi cada oración. Aquí está, pues, mi *ani maamin* (yo creo), o mejor dicho, mi “yo supongo”.

La descripción bíblica de la historia del Antiguo Israel incluye viejas “memorias” que se retrotraen hasta la fase final del segundo milenio (en el caso de Shiloh, por ejemplo) y tal vez aun antes, si el Éxodo preserva una referencia a la expulsión de los asiáticos del delta del Nilo en el siglo XVI a.n.e. (cfr. Redford, 1987). La mayoría de estas tempranas memorias proviene del norte. Esto no debería sorprendernos ya que Israel estaba más densamente poblado que Judá, más desarrollado económicamente, mejor conectado a las rutas comerciales y con los acontecimientos en las tierras bajas, y mejor incorporado en la escena geopolítica del Levante. Como resultado de todo ello, el norte desarrolló habilidades escriturales avanzadas con anterioridad al sur. Pero Judá también preservó tradiciones tempranas, por ejemplo en la historia de David como un líder de una banda de Apirus con actividad en el borde meridional del reino.

El gran salto hacia adelante se produjo en el siglo VIII. Sospecho que las habilidades en escritura demostradas en Deir Alla y Kuntillet Ajrud hacia inicios del siglo VIII están conectadas con la reorganización de Israel en los días de Jeroboam II – probablemente el más grande de los monarcas israelitas. Es lógico asumir –aunque imposible de probar– que las tempranas tradiciones israelitas fueron puestas por escrito por primera vez durante su reinado. En Judá, la composición de textos puede haber comenzado medio siglo más tarde, con la incorporación del reino como vasallo en el imperio asirio y el comienzo de la influencia económica y cultural asiria; este último aspecto se refleja en la avanzada burocracia y en el impacto de los géneros literarios asirios.

Desde las perspectivas ideológica y teológica, la historia bíblica comienza en 720 a.n.e., con la caída de Israel. Judá e Israel –reinos muy diferentes entre

sí en términos de condiciones ambientales y la naturaleza de su población– tuvieron en común características culturales, como la lengua, aspectos de la cultural material y el culto. Con la caída de Israel y la migración de muchos israelitas a Jerusalén y Judá, la composición demográfica del reino meridional se alteró dramáticamente, en el sentido de que los israelitas se transformaron en una gran parte de su población. Judá ahora se consideraba a sí mismo como el heredero y el detentor de una tradición compartida de dos reinos hebreos y tomó así el nombre del norte –Israel–, ahora disponible, para describir a la nación unida bajo su gobierno. Este es el período en el que la ideología pan-israelita se desarrolló por primera vez, promoviendo dos mensajes: que todos los israelitas deben aceptar el gobierno de la dinastía davídica y el dominio de Jerusalén con su templo. Durante un siglo, estas ideas tuvieron predominio en Judá en la combinada población de israelitas y judaítas, una suerte de monarquía unida interna. Y como parte de los esfuerzos por “crear” un nuevo Israel en Judá, las tradiciones israelitas fueron incorporadas en los textos judaítas, aunque bajo el control de los objetivos ideológicos de Judá. Recién con el repliegue de Asiria en el siglo VII –durante el reinado de Josías–, estas ideas fueron “exportadas” a los territorios originalmente israelitas como una ideología actualizada, de acuerdo con la cual todos los hebreos que vivían en Judá y en el territorio del caído Israel, “desde Dan hasta Beer-sheba”, debían aceptar a la dinastía de David y al templo de Jerusalén para poder así ser parte de los *beney Israel*.

Esta ideología necesitaba una actualización en tiempos exílicos, luego de la destrucción de Jerusalén y el fin de la dinastía davídica, lo cual hizo necesarias redacciones y revisiones de viejos textos y la producción de nuevos. Lo que sucedió a continuación es un enigma. El período persa se ha convertido en una moda en los estudios bíblicos, con la proposición de que cada uno de los libros bíblicos ha sido compilado o redactado en esta época. Sin embargo, no sabemos casi nada sobre este período en las fuentes extrabíblicas y la evidencia arqueológica es magra. El riesgo de reconstruir la historia bíblica solamente a partir del texto bíblico –evidentemente, una actividad que conlleva un razonamiento circular– ha sido demostrado una y otra vez con respecto a las fases tempranas de la historia israelita. Así y todo, los investigadores repetidamente caen en este error. ¿Podrían las ruinas de Jerusalén, con tal vez 500 habitantes y ni un solo trazo de una sola casa, acreditarse con la producción de una vasta porción de la literatura bíblica? ¿Podría este colosal logro atribuirse a la pobre Yehud, con una empobrecida población rural de un par de millares?

La arqueología y las fuentes extrabíblicas –esta vez, la rica literatura judía de fines del período helenístico en el siglo II a.n.e.– parecen indicar que parte considerable de los materiales textuales específicos para reconstruir la historia en Nehemías y Crónicas, especialmente las listas de lugares, representan realidades de tiempos hasmoneos. Si, y qué tanto, un “toque” hasmoneo puede ser identificado en otros libros que describen la historia del Antiguo Israel, es algo que necesita ser investigado en el futuro con la siguiente pregunta en mente: ¿hubo un intento por reescribir la historia bíblica en los días de los hasmoneos?

Bibliografía

- » Ahituv, S. 2008. *Echoes from the Past: Hebrew and Cognate Inscriptions from the Biblical Period*, Jerusalén, Carta.
- » Arie, E. 2008. Reconsidering the Iron Age II Strata at Tel Dan: Archaeological and Historical Implications, en: *Tel Aviv* 35, 6-64.
- » Berlejung, A. 2009. Twisting Traditions: Programmatic Absence-Theology for the Northern Kingdom in 1 Kgs 12:26-33* (The 'Sin of Jeroboam'), en: *Journal of Northwest Semitic Languages* 35, 1-42.
- » Bietak, M. 1987. Comments on the "Exodus", in: Rainey, A.F. (ed.), *Egypt, Israel, Sinai: Archaeological and Historical Relationships in the Biblical Period*, Tel Aviv, Tel Aviv University, 163-171.
- » Boaretto, E., Finkelstein, I. y Shahack-Gross, R. 2010. Radiocarbon Results from the Iron IIA Site of Atar Haroa in the Negev Highlands and Their Archaeological and Historical Implications, en: *Radiocarbon* 52, 1-12.
- » Broshi, M. 1974. The Expansion of Jerusalem in the Reigns of Hezekiah and Manasseh, en: *Israel Exploration Journal* 24, 21-26.
- » Broshi, M. y Finkelstein, I. 1992. The Population of Palestine in Iron Age II, en: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 287, 47-60.
- » Cross, F.M. 1998. *From Epic to Canon: History and Literature in Ancient Israel*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- » Davies, P.R. 1992. *In Search of 'Ancient Israel'*, Sheffield, Sheffield Academic Press.
- » Dietrich, W. 2007. *The Early Monarchy in Israel: The tenth century B.C.E.*, Atlanta, Society of Biblical Literature.
- » Fantalkin, A. y Finkelstein, I. 2006. The Sheshonq I Campaign and the 8th Century Earthquake: More on the Archaeology and History of the South in the Iron I-Iron IIA, en: *Tel Aviv* 33, 18-42.
- » Faust, A. 2003. Abandonment, Urbanization, Resettlement and the Formation of the Israelite State, en: *Near Eastern Archaeology* 66, 147-161.
- » Faust, A. 2006. The Negev "Fortresses" in Context: Reexamining the "Fortress" Phenomenon in Light of General Settlement Processes of the Eleventh-Tenth Centuries B.C.E., en: *Journal of the American Oriental Society* 126, 135-160.
- » Finkelstein, I. 2002. Archaeology and Text in the Third Millennium: A View from the Center, en: Lemaire, A. (ed.), *Congress Volume Basel 2001 (Vetus Testamentum Supplementum 92)*, Leiden, E.J. Brill, 323-342.
- » Finkelstein, I. 2005. [De]formation of the Israelite State: A Rejoinder on Methodology, en: *Near Eastern Archaeology* 68, 202-208.
- » Finkelstein, I. 2011. Archaeology as High Court in Ancient Israelite History: A Reply to Nadav Na'aman, en: *Journal of Hebrew Scriptures* 10, Article 19.
- » Finkelstein, I. 2015. The Expansion of Judah in II Chronicles: Territorial Legitimation for the Hasmoneans?, en: *Zeitschrift für die Alttestamentliche Wissenschaft* 127, 669-695.

- » Finkelstein, I. y Fantalkin, A. 2012. Khirbet Qeiyafa: An Unsensational Archaeological and Historical Interpretation, en: *Tel Aviv* 39, 38-63.
- » Finkelstein, I., Herzog, Z., Singer-Avitz, L. y Ussishkin, D. 2007. Has the Palace of King David in Jerusalem Been Found?, en: *Tel Aviv* 34, 142-164.
- » Finkelstein, I. y Lipschits, O. 2011. The Genesis of Moab, en: *Levant* 43, 139-152.
- » Finkelstein, I. y Piasezky, E. 2009. Radiocarbon-Dated Destruction Layers: A Skeleton for Iron Age Chronology in the Levant, en: *Oxford Journal of Archaeology* 28, 255-274.
- » Finkelstein, I. y Piasezky, E. 2015. Radiocarbon dating Khirbet Qeiyafa and the Iron I-II Phases in the Shephelah: Methodological Comments and a Bayesian Model, en: *Radiocarbon* 57, 891-907.
- » Finkelstein, I. y Römer, T. 2014. Comments on the Historical Background of the Jacob Narrative in Genesis, en: *Zeitschrift für die Alttestamentliche Wissenschaft* 126, 317-338.
- » Finkelstein, I. y Sass, B. 2013. The West Semitic Alphabetic Inscriptions, Late Bronze II to Iron IIA: Archaeological Context, Distribution and Chronology, en: *Hebrew Bible and Ancient Israel* 2, 149-220.
- » Finkelstein, I. y Silberman, N.A. 2001. *The Bible Unearthed: Archaeology's New Vision of Ancient Israel and Its Sacred Texts*, Nueva York, Facts on File.
- » Finkelstein, I. y Silberman, N.A. 2006a. *David and Solomon: In Search of the Bible's Sacred Kings and the Roots of the Western Tradition*, Nueva York, Facts on File.
- » Finkelstein, I. y Silberman, N.A. 2006b. Temple and Dynasty: Hezekiah, the Remaking of Judah and the Rise of the Pan-Israelite Ideology, en: *Journal for the Study of the Old Testament* 30, 259-285.
- » Fleming, D.E. 2012. *The Legacy of Israel in Judah's Bible: History, Politics, and the Reinscribing of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press.
- » Galil, G. 2009. The Hebrew Inscription from Khirbet Qeiyafa/Netafim, en: *Ugarit Forschungen* 41, 193-242.
- » Garfinkel, Y. 2011. The Birth and Death of Biblical Minimalism, en: *Biblical Archaeology Review* 37, 46-53, 78.
- » Garfinkel, Y., Ganor, S. y Hasel, M. 2010. The Contribution of Khirbet Qeiyafa to Our Understanding of the Iron Age Period, en: *Strata. Bulletin of the Anglo-Israel Archaeological Society* 28, 39-54.
- » Garfinkel, Y., Streit, K., Ganor, S. y Hasel, M. 2012. State Formation in Judah: Biblical Tradition, Modern Historical Theories, and Radiometric Dates at Khirbet Qeiyafa, en: *Radiocarbon* 54, 359-369.
- » Halpern, B. 2001. *David's Secret Demons: Messiah, Murderer, Traitor, King*, Grand Rapids, Eerdmans.
- » Hendel, R. 2001. The Exodus in Biblical Memory, en: *Journal of Biblical Literature* 120, 601-608.
- » Jamieson-Drake, D.W. 1991. *Scribes and Schools in Monarchic Judah*, Sheffield, Almond Press.
- » Knauf, E.A. 2013. *Data and Debates: Essays in the History and Culture of Israel and Its Neighbors in Antiquity*, Münster, Ugarit-Verlag.

- » Lemaire, A. 2007. The Mesha Stele and the Omri Dynasty, en: Grabbe, L.L. (ed.), *Ahab Agonistes: The Rise and Fall of the Omri Dynasty*, Londres, T & T Clark, 135-144.
- » Levy, T.E., Higham, T., Bronk Ransey, C. et al. 2008. High-Precision Radiocarbon Dating and Historical Biblical Archaeology in Southern Jordan, en: *Proceedings of the National Academy of Sciences* 105, 16460-16465.
- » Liverani, M. 2005. *Israel's History and the History of Israel*, Londres, Equinox.
- » Maeir, A.M. 2004. The Historical Background and Dating of Amos VI 2: An Archaeological Perspective from Tell es-Safi/Gath, en: *Vetus Testamentum* 54, 319-334.
- » Maeir, A.M. 2012. The Tell es-Safi/Gath Archaeological Project 1996-2010: Introduction, Overview and Synopsis of Results, en: Maeir, A.M. (ed.), *Tell es-Safi/Gath I: The 1996-2005 Seasons Volume I: Text*, Wiesbaden, Harrassowitz, 1-88.
- » Mazar, E. 2007. *Preliminary Report on the City of David Excavations 2005 at the Visitors Center Area*, Jerusalén, Shalem Press.
- » Mazar, E. 2009. *The Palace of King David: Excavations at the Summit of the City of David, Preliminary Report of Seasons 2005-2007*, Jerusalén, Shoham Academic Research and Publication.
- » Millard, A. 2011. The Ostrakon from the Days of David Found at Khirbet Qeiyafa, en: *Tyndale Bulletin* 61, 1-13.
- » Miller, J.M. y Hayes, J.H. 2006. *A History of Ancient Israel and Judah*, Louisville, Westminster John Knox Press.
- » Na'aman, N. 1994. Hezekiah and the Kings of Assyria, en: *Tel Aviv* 21, 235-254.
- » Na'aman, N. 2002a. In Search of Reality behind the Account of David's Wars with Israel's Neighbors, en: *Israel Exploration Journal* 52, 200-224.
- » Na'aman, N. 2002b. The Abandonment of Cult Places in the Kingdoms of Israel and Judah as Acts of Cult Reform, en: *Ugarit Forschungen* 34, 585-602.
- » Na'aman, N. 2007. When and How Did Jerusalem Become a Great City? The Rise of Jerusalem as Judah's Premier City in the Eighth-Seventh Centuries B.C.E., en: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* 347, 21-56.
- » Na'aman, N. 2010. David's Sojourn in Keilah in Light of the Amarna Letters, en: *Vetus Testamentum* 60, 87-97.
- » Na'aman, N. 2011a. Does Archaeology Really Deserve the Status of a 'High Court' in Biblical and Historical Research?, en: Becking, B. y Grabbe, L.L. (eds.), *Between Evidence and Ideology* (Oudtestamentische Studien 59), Leiden, E.J. Brill, 165-183.
- » Na'aman, N. 2011b. The Inscriptions of Kuntillet 'Ajrud through the Lens of Historical Research, en: *Ugarit Forschungen* 43, 1-43.
- » Na'aman, N. 2011c. The Exodus Story: Between Historical Memory and Historiographical Composition, en: *Journal of Ancient Near Eastern Religions* 11, 39-69.
- » Na'aman, N. 2012. Khirbet Qeiyafa in Context, en: *Ugarit Forschungen* 42, 497-526.
- » Pearce, R.A. 1973. Shiloh and Jer. VII 12, 14 and 15, en: *Vetus Testamentum* 23, 105-108.

- » Puech, É. 2008. L'Ostracon de Khirbet Qeyafa et les débuts de la royauté en Israël, en: *Revue Biblique* 117, 162-184.
- » Redford, D.B. 1987. An Egyptological Perspective on the Exodus Narrative, en: Rainey, A.F. (ed.), *Egypt, Israel, Sinai: Archaeological and Historical Relationships in the Biblical Period*, Tel Aviv, Tel Aviv University, 137-161.
- » Rollston, C. 2011. The Khirbet Qeiyafa Ostracon: Methodological Musings and Caveats, en: *Tel Aviv* 38, 67-82.
- » Römer, T. 2014. La périodisation de l'histoire de l'Israël ancien: constructions bibliques et historiques, en: *Atala, cultures et sciences humaines* 17, 87-100.
- » Schniedewind, W.M. 2004. *How the Bible Became a Book: The Textualization of Ancient Israel*, Cambridge, Cambridge University Press.
- » Sergi, O. 2013. Judah's Expansion in Historical Context, en: *Tel Aviv* 40, 226-246.
- » Thompson, T.L. 1999. *The Mythic Past: Biblical Archaeology and the Myth of Israel*, Nueva York, Basic Books.
- » Toffolo, M.B., Arie, E., Martin, M.A.S., Boaretto, E. y Finkelstein, I. 2014. Absolute Chronology of Megiddo, Israel, in the Late Bronze and Iron Ages: High-Resolution Radiocarbon Dating, en: *Radiocarbon* 56, 221-244.
- » Van der Toorn, K. 1996. *Family Religion in Babylonia, Syria and Israel*, Leiden, E.J. Brill.
- » Ward, W.A. y Joukowsky, M.S. (eds.). 1992. *The Crisis Years: The 12th Century B.C. from Beyond the Danube to the Tigris*, Dubuque, Kendall/Hunt.

